

Con este texto voy a intentar ofrecer figuras a algo que sucede y no es sencillo nombrar. Podríamos llamarlo la experiencia de lo divino en la naturaleza. Se trata, en parte, de una experiencia velada y que necesita palabras para adquirir significado y ser compartida.

Por ello voy a hablar en el texto no tanto de lo divino, sino de lo que he llamado trazos de divino en la naturaleza, es decir, de las huellas que, solamente a través de una mirada atenta, pueden verse en el terreno y, solo con una lectura precisa, pueden descifrarse después.

Lo divino en la naturaleza no es un objeto cualquiera. Se muestra solo a quien lo busca. Ir tras su rastro me ha llevado a seguir diversos caminos para acercarme a él.

La palabra secreta

Empiezo con la primera figura -el primer trazo-, que recupera el discurso filosófico de María Zambrano sobre estos temas. Ella nos enseña una diferencia entre sagrado y divino, a la que no había pensado antes cuando sobreponía los dos aspectos. Escribe en *Quasi un'autobiografia*:

Nunca he podido pasar por un lugar que fuera sagrado, (...) sin ponerme a temblar (...). Para tomarme un poco el pelo (...) me decía a mí misma que yo habría sido tan útil como lo es el perro a un arqueólogo en búsqueda de divino.¹

Y añade:

* Traducción del italiano de Lola Santos Fernández.

¿y lo divino? para descubrir lo divino existe el pensamiento: lo sagrado está inscrito en un lugar, es mudo, lanza señales, atrae, y uno puede quedarse atrapado; pero, se podría decir que de ahí nos salva lo divino, y en lo divino se da el contrario, sucede lo contrario, es decir, la transparencia y la presencia de lo que siempre hemos querido encontrar y, aunque no lo encontremos, sabemos que está ahí. Lo divino es una órbita relacionada con la razón.²

En la naturaleza se encuentran muchos lugares sagrados. Por ejemplo, las fuentes de agua o ciertas grutas y bosques. Recuerdo que a las afueras de mi pueblo había un prado que le gente llamaba “de las hadas”. Son sitios particulares que la cultura popular reconoce como cercanos a lo sagrado o que tienen algo de sagrado. Se reconoce así, por tradición oral y no se conocen los motivos. Lo sagrado es mudo, pero lanza señales. Tiene que ver con algo concreto y material, como fuentes, colinas, árboles. Son cosas y lugares que tienen una fuerza de atracción hermética, que afecta al lado pulsional de nuestra existencia.

Lo divino es de otro orden. Es un movimiento que viene antes y nos orienta hacia delante. Es un transformarse que fluidifica la existencia, que involucra cosas, animales y humanos. Una transformación infinita acompañada de la palabra.

María Zambrano en *Dell'Aurora* recuerda aquella palabra del origen -cosa y palabra juntas- que fue creativa y, en secreto o de forma cifrada, lo es todavía hoy, transformando y fluidificando a todos los seres de la naturaleza.³ Para entender esta concepción, nos puede ayudar volver a pensar el prólogo del Evangelio según San Juan, tan profundamente inscrito en nuestra cultura: “En el principio era el Verbo...”. Al principio era la palabra creadora que se desplegaba en cada cosa. Es una palabra, sugiere Zambrano, que se ha ido perdiendo pero que podemos escuchar en los movimientos y en los sonidos de las cosas, en su ir

transformándose. Ello, siempre que tengamos oídos para entender, es decir, la capacidad poética de sumergirnos en las cosas, en su singularidad. Perdernos en las cosas múltiples, escuchándolas, prestando atención a su balbuceo que muestra un anhelo de ser. Viviendo su tendencia hacia el ser, que se modifica constantemente.

Nosotras, escuchando el balbuceo de los seres de la naturaleza, lo llevamos a la expresión con una lengua transparente, cercana a la razón, al logos secreto del universo. Y, sin embargo, en el fondo permanece -mudo y atractivo- lo sagrado, la materia pulsional, lo oscuro del cuerpo en su lado no domesticable. Es el lado que está en la sombra, el lado enigmático de la naturaleza. Una invitación que Zambrano devuelve en todos sus textos es la de hacer que ese fluir de la palabra y de la experiencia de la naturaleza orientada hacia lo divino, sepa estar en escucha de ese lado pulsional, del balbuceo oscuro de los seres. Para no traicionar con una luz demasiado fuerte la dimensión “sombra” que la naturaleza lleva consigo.

La respiración de la confianza

Presento otra vía para acercarnos a lo divino de la naturaleza, y que se resume en la dimensión simbólica de la confianza. Los seres humanos se abren al mundo con confianza. Desde el nacimiento hay un “decir sí” implícito al mundo, sin desconfiar ni poner defensa alguna. Tiene que ver con la primera confianza que una criatura pequeña tiene hacia la madre.

La etimología de la palabra muestra que lleva consigo el significado de la desproporción. La historia de la palabra tiene raíces en la religión,⁴ por lo que se puede decir que de la misma manera que existe desproporción entre dios y el ser humano, existe entre la madre y la criatura pequeña, entre el mundo y nosotras. Una podría quedarse bloqueada en este desequilibrio de fuerzas, sin embargo, la confianza convierte en fértil esta desproporción, con

un enriquecimiento recíproco y circular de quien está involucrada en ella.

Precisamente porque no existen motivos que la explican -es sin causa-, la confianza aparece como algo milagroso. Ocurre como un milagro. No es fruto ni de intención ni de buena voluntad. Basta pensar en la sonrisa confiada de las criaturas pequeñas cuando miran cara a cara a los demás y cogen las cosas con las manos, sin defensa alguna.

En los saberes dominantes ni se nombra ni se tiene en cuenta la disposición hacia la confianza, al ser un sentimiento tan primario y vinculado a lo materno, simplemente se cancela. Está tan implicado en la primera textura de la vida que se da por descontado.

Me gustaría llamar la atención sobre algo. Si el debate ecologista ha podido hablar de naturaleza, es porque ha podido sostenerse en la confianza hacia el mundo. El mero hecho de poder mostrar los vínculos que los seres humanos tienen con la naturaleza, para estudiarla e intervenir en su favor, quiere decir que nuestros vínculos con ella fueron, en el origen, de apertura implícita.

La confianza permite adquirir una respiración, un espacio de silencio y de espera del vínculo con los seres. Constituye la posición simbólica que crea una apertura al fluir en sintonía con la transformación de la naturaleza, que envuelve e implica.

Herida y amor

La belleza de la naturaleza a menudo se ha visto como una huella de lo divino. Simone Weil escribía en *Forme dell'amore implicito di Dio* que la belleza del mundo es la tierna sonrisa que Cristo nos devuelve a través de la materia.⁵ Me alejo algo de su recorrido para pararme en el término “bella” ¡Me resulta tan insatisfactorio tomado así! Así, en la inmediatez del uso común.

De hecho, no siempre se puede decir que la naturaleza sea bella. A veces no lo es en absoluto. No lo es en ciertas tierras desoladas, en ciertos prados de la periferia entre los campos y las primeras casas, en los pastos en el verano, cuando no llegan las vacas y el terreno se cubre de matas secas y amarillentas. Entonces ¿qué entendemos cuando adoptamos el adjetivo “bella”? Que la naturaleza sea bella es una expresión que usamos para decir que la naturaleza nos toca, nos agranda el alma hasta el infinito, nos sienta bien al tiempo que nos transforma. Nos ayuda a superar los límites del yo y nos sumerge en una riqueza de relaciones vitales, aun siendo extrañas a lo humano. Tiene que ver con una experiencia profunda e irrenunciable.

Sin embargo -o, más bien, precisamente por lo que acabo de escribir- en esa relación con la naturaleza algunos advierten, al mismo tiempo, una herida secreta. Cuanto más se ama en presencia un lugar, una ciudad, las aguas rápidas de un río, un cielo, más se siente una nostalgia extraña e inexplicable. ¿Cómo es posible que yo esté en presencia de algo que amo y me conmueve y ya sienta la nostalgia de eso mismo que estoy viviendo en presencia en ese momento?

Traigo aquí una experiencia de algo que me sucede a menudo. Me sucede con los cielos de Roma. Esos cielos a los que vuelvo cada vez que salgo de la estación del tren y me dirijo al centro de la ciudad. Levanto la mirada y una cierta luminosidad, una cierta calidad cálida de la luz me captura del todo. Miro aquel cielo apasionadamente y, entonces, asoma ese sentimiento de nostalgia del que hablaba. Nostalgia extraña de un cielo que estoy mirando en ese momento como si yo no estuviera presente. A primera vista se trata de una paradoja indescifrable.

Pero solo aparentemente es algo indescifrable. En realidad, tiene que ver con un amor apasionado y sin límites. El hecho es que yo veo ese cielo y, aun amándolo, no puedo hacerlo mío ni poseerlo de ninguna manera. No puedo

interiorizarlo.⁶ Mucho menos puedo parar ese momento perfecto y hacerlo eterno. De ahí el sentimiento de herida y nostalgia.

He aprendido de la experiencia que cuanto más apasionadamente amo esos cielos tiernos de Roma más siento que esos cielos, que son obviamente cielos, evocan también otra cosa. Vivo esos cielos y también “un más” que hay en ellos. Son “otra cosa” respecto a mí, en cuanto se resisten a ser interiorizados. Pero no sólo eso. Creo que la experiencia que he contado dice algo diverso. Muestra cómo en la belleza del presente se pone en juego algo más que no conozco, a lo que no sé dar un nombre, pero -y de esto estoy segura- en todo ello hay una huella de lo divino que advierto en la naturaleza cuando me siento profundamente vinculada a ella.

Ocurre, entonces -aspecto que me parece esencial- que esta nostalgia, que corta el presente desde dentro, pone en movimiento el propio presente y lo empuja hacia la percepción que la vida va vivida al más grande nivel. Con grandeza. A la altura de la visión que en ese momento asoma, sin saber qué es.

Así, ese sentimiento de implicación en la naturaleza -aquel envolver y dejarnos envolver que expresamos con “es bella”- nos lleva, a través de la percepción del corte que abre en el presente el presente, a un compromiso existencial, a un compromiso que, siento, afecta a toda la vida y que es mucho más que ético. La palabra “ética” es muy pobre de potencialidad vivificante y no consigue expresar la complejidad de este movimiento transformador, orientado por algo que no se conoce y que está enterrado, como un secreto, en la experiencia viviente que se tiene de la naturaleza. Se siente que este enigma lo pone en movimiento y lo empuja a un ir haciendo transformador. A un compromiso existencial que se abre desde ahí hasta el infinito.

Inconscientes gestos de bendición

Otra pista de divino en la experiencia de la naturaleza es posible encontrarla leyendo una poesía muy famosa de Coleridge, *La ballata del vecchio marinaio*, que interpretaré a partir del comentario que de ella hizo Gregory Bateson en *Non sappia la tua sinistra*,⁷ para después ir más allá. En la poesía se habla de un barco a la deriva con los puentes repletos de cadáveres. Todos los hombres de la tripulación han muerto de sed. Todos menos uno, el viejo marinero que sobrevive. Las desgracias del barco comenzaron cuando mataron a un albatros y el cuerpo del pájaro muerto se les quedó colgado al cuello como una maldición. Ocurre algo durante esa situación dramática del barco que se dirige lentamente a la deriva. El viejo marinero, tocado por la belleza de las serpientes marinas, “inconscientemente las bendice”. Este gesto disuelve su culpa respecto al albatros, al pájaro que había matado. El acto de bendecir sin ninguna intención los animales marinos lo reconecta a la vida, a las relaciones con la naturaleza.

Es importante que la poesía diga que se trata de un gesto inconsciente, que no puede codificarse en una regla que se repite. Los gestos que son auténticamente transformadores son en gran parte inconscientes. El lado inconsciente de nuestro cuerpo es relacional. No es casualidad que nazcamos y nos criemos en relación con la madre, mientras, solo en un segundo momento se forma el yo, construyéndose una identidad separada. Los gestos que conectan se fundan en el lado inconsciente del cuerpo. Es por ello por lo que son los gestos inconscientes los que nos integran en las redes de la naturaleza, de las que formamos parte, exactamente igual que la bendición del viejo marinero. Contrariamente, son los gestos de desprecio y de arrogancia hacia los vínculos con lo viviente a alienarnos y convertirnos en extrañas a tales conexiones.

Aquí, el trazo de lo divino está en el acto subjetivo de bendecir estos animales por su belleza, siendo éste el gesto que nos vuelve a unir a la naturaleza. Para que sea

eficaz, es en parte inconsciente, imprevisible, no está sometido a la voluntad consciente del yo. Por eso, no es posible transformar un gesto como éste -inconsciente e imprevisto- en un procedimiento formal. Es un poco como en las fábulas; no hay procedimientos fijos que seguir, del tipo: “Cuando te encuentres frente a un peligro, bendice los animales de la naturaleza y te salvarás”. El héroe -o la heroína- tiene que fiarse de lo que en ese momento siente vital. No es la voluntad lo que está en juego en estos gestos, sino el lado inconsciente del cuerpo, que es relacional y conectado a lo viviente.

Vuelvo a la cuestión de la ecología. A mí me parece que el hecho de que el debate ecológico diga “sí” implícitamente a la naturaleza, demuestra ser un gesto primario, inconsciente, que precisamente por ello vuelve a conectar a los humanos con el cosmos. Tiene, por ello, un valor religioso ¿Por qué religioso? La religión tiene que ver con el conectar planos muy diferentes de la realidad, visibles e invisibles. Y presta mucha atención a las vías que sirven para reintegrar tales dimensiones, cuando esos vínculos son destruidos. Pensemos en los ritos de las iglesias, que afectan al cuerpo en su lado relacional. En este sentido, se puede decir que el discurso ecológico es profundamente religioso. ¡Aunque la mayor parte de los activistas se consideren ateos! Puedo decir que lo religioso es su acción, en cuanto busca la integración de partes del cosmos totalmente diversas.

Sentir

Lo que puede guiarnos en esta atención a las señales de lo divino en el mundo es el sentir. Porque sentir significa ejercer sensibilidad hacia los lugares, hacia todas las cosas, hacia los animales y los seres humanos. Sentir es un percibir que se coloca entre el consciente y el inconsciente. Es una palabra que ha circulado mucho en el movimiento de las mujeres y que hoy éste sigue adoptando de manera amplia y difusa. La encontramos en

autoras famosas del feminismo, de Virginia Woolf a Carla Lonzi, a Luisa Muraro... como en otras muchas escritoras y filósofas.⁸ Pero, sobre todo, la adoptan habitualmente las mujeres en su vida cotidiana. Lo hacen cuando se fían de un conocimiento en el que está implicado todo el cuerpo y busca palabras para ser compartido. Es evidente cómo el sentir es fundamental cuando hablamos de nuestra relación con la naturaleza. Abre vías que hay que ir descubriendo, que son imprevisibles.⁹ Es esencial y hay que escucharlo. Prestarle escucha a pesar de que vivimos en una época en la que el sentir viene colonizado por las estrategias de comunicación, fundadas en una estética perceptiva, que propone imágenes, sonidos, gustos, perfumes, colores... implicando todos los sentidos. Escuchar el sentir, entrando en conflicto con las estrategias de los medios de comunicación, es una vía política fundamental para aprender de la experiencia y para dar voz al vínculo con la naturaleza que se funda en el sentir.

Tierra de luz

Ahora me gustaría mostrar el sentido de lo divino, a través de uno de los textos que considero de entre los más bellos dedicados a la Tierra. Se trata de *Corpo celeste* de Anna Maria Ortese. La naturaleza, las cosas, los seres, los humanos están dirigidos por un único movimiento que se percibe con un sentir que está en armonía con una razón amplia como el cielo. El vínculo entre sentir y razón ayuda a captar la trama de divino a la que pertenecen todos los seres.

Ortese no olvida su punto de partida existencial. Parte del horror y de la inquietud que le provocan las criaturas de la Tierra, demasiado doloridas, demasiado terrosas y deambulantes, sometidas a un deslizamiento tal que el contexto no puede ser habitable por ella. En su escritura de joven, la única manera que encontró para hacerse amiga de esas criaturas fue eternizándolas. Hablaba de los Vientos, de las Luces, del mar, del Lampadario del cielo. Eran seres

sin tiempo, estables y consistentes, que se comunicaban con ella y que eran más reales que los seres humanos. Le ayudaban a contener la angustia provocada por un mundo en continua transformación, caracterizado por albergar vidas que sufrían demasiado, demasiado deformes. Tal y como nos las transmiten la experiencia común e inmediata de la Tierra.

Una vez concluida aquella primera visión de la juventud, a lo largo de *Corpo celeste* muestra un doble cambio en su vida. Por un lado, la angustia por lo terroso y deforme de los seres hormigueantes se transforma en una *pietas* hacia ellos. En una atención y en una escucha que nos desplaza simbólicamente desde la inquietud y las estrategias defensivas adoptadas hasta ese momento, hacia un percibir todas las cosas en su singularidad. Por otro lado, acaece una segunda transformación. En la juventud, la experiencia más inmediata de la Tierra era que ésta -tan terrosa- estaba muy lejos de los cuerpos celestes del cosmos, tan azules, tan puros. Su mirada aquí va a experimentar otra reconversión. Sucede cuando se da cuenta de que también la Tierra forma parte del cielo y del movimiento de la Vía Láctea. También ella, por tanto, es cuerpo celeste, aun cuando siga siendo esta Tierra de aquí, la que conocemos y pisamos. Ciertamente es terrosa, pero al mismo tiempo es azul, pura, celeste, guiada por un movimiento más grande que ella, en el que participa.

Habitar la Tierra como cuerpo celeste despierta una mirada visionaria. Una sensibilidad a lo invisible. Ortese lo dice de todos aquellos que, como ella, han tenido la experiencia de esta Tierra como Tierra de luz. Quienes prestan atención a todas las criaturas, porque ven en todas ellas traslucir una luminosidad propia y singular. Una luminosidad que no refleja y no es reflejo de nada. En cierto sentido, enigmática e insondable.¹⁰ ¿Quién soy?

Soy quienes vieron el cielo y jamás lo olvidaron,
quienes hablan por encima de las emociones, allí

donde el alma habita tranquila (...). Aquellos que ven el dolor y el abuso; ven la bondad o la maldad, estén donde estén, y sienten el deber de hablar. Los buscadores de silencio, de espacio, de noche, que está en torno al mundo, de luz, que está en torno al corazón.¹¹

Son las personas jóvenes, son los artistas, son, en general, quienes perciben que el cuerpo de la Tierra está impregnado de sueños y visiones. Ortese reconoce en la literatura -en particular en la literatura inglesa- la sensibilidad narrativa de dar una forma a las tempestades de los océanos, a los fantasmas que en ellas se esconden, a la fuerza de los tifones y a la presencia obsesionada de animales marinos¹². Es una sensibilidad que permite a los seres humanos vivir los sueños de la materia. Del mar. De las nubes en movimiento. Pienso, por ejemplo, en los fantasmas del páramo en la novela de Emily Brontë, *Cumbres borrascosas*. El viento, el brezo, los pantanos que aparecen y al día siguiente desaparecen. La escritura convierte a la naturaleza en amiga cercana de la que emerge la impalpable inquietud de la que es tejida. La misma Ortese evoca en sus textos la filigrana indefinida de los seres mitad animales mitad humanos, de los duendes, de los pájaros visionarios. Un bestiaje cuya forma está a punto de convertirse en otra cosa, de hacerse irreconocible. La escritura capta la calidad celeste, la luz insondable de estas criaturas y de toda la Tierra, cuando se coloca en una posición de maravilla hacia estos seres. A través de la escritura, sentimos que la naturaleza está tejida de sueños del ser humano, a la vez que el ser humano es múltiple y, al vivir en la noche de los sueños, participa de la índole de los seres de la naturaleza.

Hay una figura muy famosa en *Corpo celeste* que se da a partir del encuentro entre la escritora y una pequeña tortuga. Es la experiencia simbólica de la mirada entre el ser humano y el animal. Ortese habla de una pequeña tortuga que vio en el escaparate de una tienda en una calle

de una ciudad de la Liguria, donde ella vivía. Se miran. La tortuga la mira y es como si la naturaleza misma, muda, la interpelase con su mirada. En esta mirada se abre la posibilidad de una patria que está más allá de lo humano y de lo animal. Y escribe:

la Naturaleza nos interroga continuamente (...)
Quien no ha mirado alguna vez a los ojos de un hijo o de una hija de la Naturaleza no ha visto nada de paterno o de materno; no ha visto nada de divino - que quiere decir benevolencia, paz (...). Me viene el recuerdo de la Tortuguita de Levante en una noche fría de diciembre, tras un oscuro cristal. ¡Sí, me miraba a mí, precisamente a mí! Levantó los ojos por encima de esa triste distancia. Pienso a menudo que me gustaría volver allí, apoyar la cara en el oscuro cristal y hablarle. Allí está mi patria.¹³

Para ella se trata de una patria modesta: “Amo todo lo que es pequeño, amo las cosas y criaturas infinitamente pequeñas, mudas, que nos miran con coraje (...). Allí tengo mi casa, mis himnos, mis memorias”.¹⁴

En *Corpo celeste* Ortese habla de la Naturaleza como hija de Razón, a la que se opone y pone en apuros la Inteligencia,¹⁵ envidiosa de la vida. Ella entiende la razón como orden secreto del mundo, que se puede sentir y, sólo así, entrever. La escritura, en la medida en que acompaña con *pietas* a las pequeñas criaturas y, al mismo tiempo, se abre al movimiento celeste de la Vía Láctea, ayuda a descubrir y a experimentar el orden invisible de la razón, el que orienta a la naturaleza.

Lo divino de la naturaleza no está presente en la experiencia que vivimos de manera inmediata, no pensada. No se trata de vivir según la naturaleza ni de encomiarse a ella -a su “naturalidad”- renunciando a la razón. La naturaleza es, más bien, como hemos visto, insondable, iluminada por una luz enigmática. Al participar en el

resplandor del mundo, se siente que se alude a una ley: a la trama misma del mundo y su misterio. Pensemos en el repiqueteo de la lluvia en los adoquines, fuera de la ventana. Se siente el ritmo, la cadencia que, si la amamos apasionadamente, alude a una cosa más grande, presente e invisible contemporáneamente. Es como si se presintiera el orden del universo, que se capta solo a través de señales y que, como aquel rítmico caer de la lluvia, son caminos que nos acercan a él. Es la razón la que ayuda a desenmarañar los hilos. No la inteligencia, que se arroga el dominio sobre la naturaleza.

Me gustaría concluir con estas palabras de Ortese: “[Los poetas] nos hablan incansablemente de la *unidad* del mundo y nos hablan del mundo como emoción y razón de un Desconocido al que todos pertenecemos”¹⁶ y, añade: “Si el sentir y la razón no estuvieran en sinergia, la naturaleza sería solamente irreconocible. Es cierto que la naturaleza sigue siendo insondable, pero la narración poética, acercándonosla, nos hace sentir su afinidad.”¹⁷ Y nos ayuda a ir tras los trazos de lo divino en la naturaleza.

Fecha de recepción: 27 de diciembre de 2021.

Aceptación: 22 de febrero de 2022.

Palabras clave: Trazas de divino - Naturaleza - Confianza - Belleza.

Keywords: Traces of divine - Nature - Trust - Beauty.

notas:

- ¹ María Zambrano, “Quasi un’autobiografía”, en *aut aut*, 279 (mayo-junio 1997), p. 131.
- ² *Ibidem*.
- ³ Véase por ejemplo María Zambrano, *Dell’Aurora*, al cuidado de Elena Laurenzi, Génova: Marietti, 2000, p. 108.
- ⁴ Cfr. Émile Benveniste, *Il vocabolario delle istituzioni indoeuropee*, al cuidado de Maria Antonia Liborio, Turín: Einaudi, 1976, p. 88.
- ⁵ Cfr. Simone Weil, *Attesa di Dio*, a cura di Maria Concetta Sala, Milán: Adelphi, 2008, p. 124.
- ⁶ A tal propósito, Simone Weil dice en *Forme dell’amore implicito di Dio*: “La belleza es una esfinge, un enigma, un misterio que nos exaspera de manera dolorosa. Nos gustaría nutrirnos de ella, pero no es más que un objeto al que mirar, y se manifiesta solo a una cierta distancia. El gran dolor de la vida humana es que mirar y comer son dos operaciones diferentes”, Simone Weil, *Attesa di Dio*, cit., p. 125.
- ⁷ Véase Gregory Bateson, *Non sappia la tua sinistra*, en Gregory Bateson y Mary Catherine Bateson, *Dove gli angeli esitano. Verso un’epistemologia del sacro*, trad. it. de Giuseppe Longo, Milán: Adelphi, 1993, pp. 111-128.
- ⁸ Por citar uno de los últimos textos que colocan el sentir en el centro, véase María-Milagros Rivera Garretas, *Il piacere femminile è clitorideo*, trad. it. de Barbara Verzini, Madrid y Verona: Edición independiente, 2021, donde la autora habla de sentir originario resignificando un término de María Zambrano.
- ⁹ Sobre la relación entre sentir y experiencia de la naturaleza Chiara Zamboni, *Sentire e scrivere la natura*, Milán: Mimesis, 2020.
- ¹⁰ Anna Maria Ortese, *Corpo celeste*, Milán: Adelphi, 1997, pp. 58-59.
- ¹¹ *Ibidem*, p. 30.
- ¹² Cfr. *ivi*, p. 100.
- ¹³ *Ibidem*, pp. 157-158.
- ¹⁴ *Ibidem*.
- ¹⁵ Cfr. *ivi*, p. 157.
- ¹⁶ *Ibidem*, pp. 122-123.
- ¹⁷ *Ibidem*, p. 102.